LECTURA PERIFÉRICA DE LA POESÍA DE NICASIO ÁLVAREZ DE CIENFUEGOS*

Peripheral Reading on Nicasio Álvarez de Cienfuegos's Poetry

Miguel Ángel LAMA
Universidad de Extremadura
malama@unex.es

Fecha de recepción: 11/03/2010

Fecha de aceptación definitiva: 18/06/2010

RESUMEN: Este trabajo intenta completar desde diferentes lados algunos aspectos ya abordados por la crítica de la obra poética de Nicasio Álvarez de Cienfuegos. Así, la formación de su reducido corpus, sus versos no recogidos entre sus obras y que se publicaron en *Gonzalo de Córdoba*, la versión de López de Peñalver de la novela francesa o el poderoso sentimiento de la muerte que se aprecia en sus composiciones de mayor aliento y más renombradas.

Palabras clave: Nicasio Álvarez de Cienfuegos. Poesía española del siglo XVIII. Gonzalo de Córdoba. Florián. López de Peñalver.

ABSTRACT: This study tries to complete from different sides some aspects already dealt with by the critics about the poetry of Nicasio Álvarez de Cienfuegos. Such as the formation of its limited corpus, its verse lines not collected among his

* Este trabajo forma parte del Proyecto de investigación FF12008-01870/FILO del Plan Nacional titulado *Lecturas del legado literario-cultural español: canon, nacionalismo e ideología en España, Francia e Italia (1700-1808)* y financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

works and which were published in *Gonzalo de Córdoba*, López Peñalver's version of the French novel or the powerful feeling of death which can be noticed in his most spirited and famous compositions.

Key words: Nicasio Álvarez de Cienfuegos. Spanish Poetry 18th Century. Gonzalo de Córdoba. Florián. López de Peñalver.

Cuando el estado de los estudios sobre un poeta español del siglo XVIII como Nicasio Álvarez de Cienfuegos —que sigue justificando una rigurosa atención crítica— tiene firmas como las que a lo largo de estas líneas van a mencionarse, un ensayo como el presente corre el riesgo de quedarse en los aledaños de un terreno que ha sido brillantemente roturado y cultivado en trabajos de referencia desde hace casi exactamente un siglo. Un siglo, si tomamos como punto de partida el volumen XI de *Bulletin Hispanique*, donde, coincidiendo con el primer centenario de la muerte del escritor, Enrique Piñeyro publicó un apologético y bien fundamentado artículo y se dio el acta de defunción de Cienfuegos exhumada por L. Batcave¹.

El propósito de estas páginas es volver a llamar la atención sobre ciertos aspectos de la obra poética de Nicasio Álvarez de Cienfuegos que han sido ya abordados por la crítica con innegables aportaciones, como la conformación del corpus poético de nuestro autor y su pervivencia póstuma, o el casi obsesivo tratamiento del tema de la muerte en su poesía, para ofrecer una lectura complementaria que colabore en una visión más completa del autor y de su reducida pero significativa producción literaria. Una lectura *periférica*, con calas selectas y variadas, que subraye la importancia del objeto circundado en el contexto de la lírica de los últimos años del siglo XVIII y primeros del XIX.

UN CORPUS POÉTICO CONTRA EL RELOJ DEL TIEMPO

Cienfuegos sólo conoció en vida una edición de sus *Poesías*, la que incluyó también tres tragedias (*Idomeneo*, *Zorayda* y *La condesa de Castilla*) y la comedia moral en un acto *Las hermanas generosas*². Que aquel volumen de algo más de cuatrocientas páginas apareciera con la referencia en su portada de «Tomo I» sin que nunca se llegase a publicar ningún otro, es hoy un signo de lo que pudo

1. PIÑEYRO, Enrique. «Cienfuegos». *Bulletin Hispanique*, 1909, XI, pp. 31-54 y BATCAVE, L. «Acte de décès du poète Cienfuegos». *Bulletin Hispanique*, 1909, XI, p. 96.

2. ÁLVAREZ DE CIENFUEGOS, Nicasio. *Poesías*. Madrid: Imprenta Real, 1798.

ser la percepción que el escritor madrileño tuvo sobre su propia obra, casi la de una carrera contra el tiempo, que perdió. Fueron veintinueve poemas, aparte las piezas dramáticas, los que se publicaron en 1798 por la Imprenta Real, cerrados con una *elegía indirecta*, la escrita por el poeta para un amigo al que se le había muerto un hermano, que durante dieciocho años sería la última composición conocida de Cienfuegos entre las incluidas en libro por su autor, y que, junto a *Un amante al partir su amada*, que la precedía, pudieron, al decir de José Luis Cano, haber sido añadidas a última hora, ya que su colocación fue posterior a la de las piezas dramáticas³.

Muerto Cienfuegos, cuando se publicó la *segunda* edición de sus poemas, en 1816 —en ese mismo año sale otra, idéntica a la primera⁴, en Valencia en las prensas de Ildefonso Mompíe, editor de tantos autores dieciochescos— también en la Imprenta Real, se añadieron seis poemas nuevos, que fueron los que se incluyeron luego en las ediciones posteriores hasta la de José Luis Cano.

Esta primera edición se acabó años ha, y cuando el autor trataba de hacer otra muy mejorada, sobrevino la invasión de los franceses en España, a que se siguió la dolorosa usurpación del trono de nuestro amado Soberano el Sr. D. FERNANDO VII, y por consecuencia la revolución general que excitó en la península tan atroz perfidia. [...]

Para suplir de algún modo esta falta, y satisfacer el deseo del público en la reimpression de estas poesías, se sacaron de algunos manuscritos y apuntamientos originales del autor algunas otras composiciones poéticas que se han reunido en esta edición a las publicadas anteriormente. Al mismo tiempo, se ha suprimido, por encargo que dejó hecho el mismo autor, una oda con que en la primera edición celebró al general Bonaparte cuando, en una de sus campañas de Italia, respetó el sepulcro y la memoria de Virgilio, habiéndose hecho indigno de aquel elogio con sus posteriores usurpaciones y violencias⁵.

Se entiende por esta nota que encabeza las ediciones póstumas, desde la de Madrid de 1816, que Nicasio Álvarez de Cienfuegos pensó en una nueva entrega de sus *Poesías* u *Obras poéticas*, que incorporase alguna pieza teatral —su tragedia

3. ÁLVAREZ DE CIENFUEGOS, Nicasio. *Poesías*. Edición de José Luis Cano. Madrid: Editorial Castalia (Clásicos Castalia, 4), 1969. Segunda edición revisada, 1980. La referencia en nota 14, p. 131. Para la localización de los poemas, doy el número de páginas entre paréntesis por esta edición.

4. Salvo en la disposición de los textos, pues el hiato entre las piezas de teatro y los poemas se deshizo en esta edición (*Poesías*. Valencia: Ildefonso Mompíe, 1816), en la más completa (*Obras poéticas*. Madrid: Imprenta Real, 1816, 2 vols.), que es la que considero *segunda*, y también en algunas posteriores (*Poesías*. Barcelona: Viuda e hijos de Antonio Brusí, 1822).

5. Cito por ÁLVAREZ DE CIENFUEGOS, Nicasio. *Obras poéticas*. Madrid: Imprenta Real, 1816, Tomo I, pp. III-V. También en *Poesías*. París: Librería de Teófilo Barrois, hijo, 1821, pp. 7-10.

en tres actos *Pitaco*— y los poemas escritos con posterioridad a la publicación de la *princeps* de 1798. Suponemos que el autor no se plantearía rescatar lo que editores modernos como Cano y Carnero —*apud* Guillén— dieron como *Diversiones*⁶ o las composiciones publicadas por Cienfuegos en la obra de su amigo Juan López de Peñalver, traducción del *Gonzalve de Cordove* de Florián, y que trataré más adelante.

En lo que atañe a la oda *En elogio del general Buonaparte*, en efecto, que se había mantenido en la edición de Valencia en 1816, ese mismo año, en la de la Imprenta Real, desapareció, y tampoco estará en las ediciones de 1821, aunque en una posterior, la de 1822, en el Trienio Liberal, será restituida⁷. El *añadido* de la edición de 1816 ha configurado la poesía de Cienfuegos hasta las ediciones modernas como un conjunto de treinta y cinco poemas: los veintinueve que vio el poeta en 1798 y las seis últimas composiciones, entre las que se cuentan las más conocidas y reconocidas, por ejemplo, *En alabanza de un carpintero llamado Alfonso* y *La escuela del sepulcro*, «de lo mejor y más inspirado que escribió el autor», según Enrique Piñeyro⁸.

En la lectura de la poesía de Cienfuegos, como la leyeron los lectores de 1816, se constata, a partir de ese grupo de poemas que no se dieron en 1798, una intensificación del componente sentimental de los versos, como una continuación de lo ya apuntado en las últimas composiciones de la parte lírica de aquella primera edición. A poemas como *La primavera*, *El otoño* —tan criticado por Leandro Fernández de Moratín y, muy posteriormente, también por Alcalá Galiano⁹—, *Mi paseo solitario de primavera*, *A un amigo que dudaba de mi amistad porque había tardado en contestarle*, *El recuerdo de mi adolescencia*, *Un amante al partir su amada* y *A un amigo en la muerte de un hermano*, que presentan, en relación con el resto de los textos de esa primera edición, un notable incremento de su

6. Procedentes del manuscrito 12961-44 de la Biblioteca Nacional de Madrid, y del que dio noticia SIMÓN DÍAZ, José. «Nuevos datos acerca de N. Álvarez de Cienfuegos». *Revista de Bibliografía Nacional*, 1944, V, 3.º, pp. 263-284, y recogió FROLDI, Rinaldo. «Natura e società en Cienfuegos». *Acme, Annali della Facoltà di Lettere e Filosofia dell'Università degli Studi di Milano*, 1968, XXI, 1, pp. 43-86. Más modernamente, estos poemas están editados por Cano y en GUILLÉN, Jorge. *Cienfuegos. Investigación original de la oposición a cátedra de lengua y literatura españolas (1925) y otros inéditos*. Ed., estudio preliminar y notas de Guillermo Carnero. Valladolid: Fundación Jorge Guillén, 2005, pp. 227-249.

7. ÁLVAREZ DE CIENFUEGOS, Nicasio. *Poesías*. Barcelona: Viuda e Hijos de Antonio Brusi, 1822.

8. PIÑEYRO, Enrique. Art. cit., p. 38.

9. Ver la conocida epístola *A Andrés*, en FERNÁNDEZ DE MORATÍN, Leandro. *Poesías completas (Poesías sueltas y otros poemas)*. Edición de Jesús Pérez Magallón. Barcelona: Quaderns Crema, 1995, pp. 375-385. También, corregida, en LOS MORATINES. *Obras completas II. Obras de Leandro F. de Moratín*. Edición, introducción y notas de Jesús Pérez-Magallón. Madrid: Ediciones Cátedra, 2008, pp. 823-827. En GUILLÉN, J. *Op. cit.*, pp. 261-268, pueden verse las correspondencias entre pasajes de la epístola y versos de Cienfuegos, que G. CARNERO (notas 166-167) completa y precisa en una exhaustiva relación. Para ALCALÁ GALIANO, Antonio. «Cienfuegos». *El Laberinto, Periódico Universal*, 1844, I, 8, pp. 99-101b.

extensión (276 versos tiene *La primavera*, 226 *A un amigo que dudaba...*), se unen en la nueva edición de 1816 *En la ausencia de Cloe*, *La rosa del desierto*, *Al señor Marqués de Fuerte Híjar*, *La pastorcilla enamorada*, *En alabanza de un carpintero llamado Alfonso* y *La escuela del sepulcro*, que en total suman 1.270 versos, sólo setenta y tres menos que ese grupo de composiciones con que se cerró la primera edición¹⁰. Salvo con alguna excepción —*La rosa del desierto* o *La pastorcilla enamorada*—, se aprecia una unidad formal en este bloque, en el que se impone el endecasílabo, suelto o rimado, que es tan característico de la poesía de nuestro autor. Y, por último, a estas notas hay que sumar cómo el tema de la solemnidad sepulcral o el tema de la muerte va siendo más importante. Todos estos elementos parecen contribuir a crear en el lector la sensación de que el autor parecía estar sometido a una necesidad cada vez mayor de decir, de escribir y de dar a las prensas sus poemas. Quizá las circunstancias personales de alguien con la presión de un trabajo intenso —como señala Cano¹¹, en la Secretaría de Estado, en la dirección del *Mercurio de España* y en su labor como revisor de la *Gaceta de Madrid*— sobrellevado con el padecimiento de una grave enfermedad que finalmente acabaría con él. La lectura, así, de la poesía de nuestro autor muestra lo que David T. Gies dijo a propósito de su intención de intentar entender «cómo el lánguido poeta bucólico que fue el Cienfuegos adolescente pudo concluir su vida en un trágico y solitario exilio; tan solitario, en efecto, y tan olvidado, que ni del lugar de su tumba ha quedado memoria»¹².

Por fortuna, disponemos de una edición, la de José Luis Cano, en la que el lector contemporáneo puede comprobar esta impresión de lectura; aunque, sin duda, es necesaria una revisión de los textos, y su iluminación con los nuevos datos que aporte la investigación sobre fuentes documentales que precisen la datación y la filiación de algunas de las obras de Cienfuegos. En ese empeño, y con la convicción de que disponer de una edición moderna que incluye, en apéndices, los textos más tempranos —*Diversiones*— y los que pueden ser considerados obra menor tiene un valor extraordinario, quiero contribuir a completar esta parte, quizá demasiado *periférica*, de su producción literaria, porque creo que nunca se ha editado corregida y contrastada con su versión original.

10. A efectos de cómputo de versos, conviene recordar que LOUREIRO, Ángel G. «La poesía de la muerte de Álvarez de Cienfuegos: el deseo de la razón produce monstruos». *Hispanic Review*, 1992, 60, pp. 435-456, ya reparó en la falta de un verso del poema *El otoño*, desaparecido en todas las ediciones del autor.

11. CANO, José Luis. Ed. cit., pp. 22-23. Ver también COUGHLIN, Edward V. *Nicasio Álvarez de Cienfuegos*. Boston: Twayne Publishers (Twayne's World Authors Series, 804), 1988.

12. GIES, David T. «Cienfuegos: un emblema de luz y oscuridad». *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 1984, XXXIII, pp. 234-246.

LOS POEMAS DE CIENFUEGOS EN *GONZALO DE CÓRDOBA*

Nicasio Álvarez de Cienfuegos, antes de que apareciesen sus *Poesías* en 1798, había publicado, aunque no firmados con su nombre, algunos poemas en el *Diario de Madrid*, en 1796 y 1797¹³. Sin embargo, a la hora de componer la cronología impresa de los versos de este autor, hay que tener en cuenta sus primeras composiciones incluidas en un libro, y que son de 1794¹⁴. Así pues, como se ha dicho, los primeros textos de Cienfuegos anteriores a la edición de sus *Poesías* fueron los incluidos en la traducción que su amigo Juan López de Peñalver hizo de la novela *Gonzalve de Cordove ou Grenade Reconquise*, de Florián¹⁵. No aparecieron firmados, como es lógico, en una obra que es traducción de otra y cuyas partes en verso representan una porción mínima. Sin embargo, López de Peñalver subrayó con notoriedad la autoría en la dedicatoria con la que abrió el primer volumen:

A DON NICASIO ÁLVAREZ DE CIENFUEGOS
SU AMIGO
DON JUAN LÓPEZ DE PEÑALVER

¿A quién, querido amigo, deberé yo ofrecer estos ocios, fruto de momentos consagrados a la soledad y a la melancolía? Al que ha querido corregir la rudeza de mi pluma; al que ha hermoseedo esta obrita con los versos que hay en ella; al que me estimuló a empezarla, a concluirla y darla a luz. Recibe, dulce amigo, esta corta ofrenda que, por mi mano, te hace la amistad¹⁶.

La relación entre Peñalver y Cienfuegos está documentada en la solicitud que presentaron los dos amigos para la publicación de la poesía de Fernando de

13. CANO, José Luis. «La publicación de las *Poesías* de Cienfuegos. Una polémica». En *Homenaje a la memoria de D. Antonio Rodríguez Moñino*. Madrid: Castalia, 1975, pp. 139-146.

14. Sobre la aún opaca prehistoria de la producción literaria de Cienfuegos también hay que tener en cuenta lo aportado por ÁLVAREZ DE MIRANDA, Pedro. «Unas cartas desconocidas entre Nicasio Álvarez de Cienfuegos y el misterioso Florián Coetanfao: nuevos datos sobre una intensa amistad». *Dieciocho*, 1999, 22.2, pp. 177-212. En las cartas cruzadas entre ambos amigos en 1791 se mencionan unos tercetos de Cienfuegos, desconocidos, y las razonables conjeturas de Álvarez de Miranda los relacionan con algún probable proyecto de traducción.

15. FLORIAN [Jean-Pierre Claris del. *Gonzalve de Cordove, ou Grenade Reconquise*. Paris: Imprimerie de Didot L'Aîné, 1791, 2 vols. La edición española: *Gonzalo de Córdoba ó la conquista de Granada, escrita por el Caballero Florian. Publicala en español D. Juan López de Peñalver*. Madrid: Imprenta de D. Benito Cano, 1794, 2 tomos.

16. Cito por *Gonzalo de Córdoba o La conquista de Granada. Escrita por el Caballero Florian. Publicala en español Don Juan López de Peñalver*. Tomo I. Segunda impresión. Madrid, Imprenta de la Administración del Real Arbitrio de Beneficiencia, 1804, p. [3].

Herrera en 1785 y en el proyecto de Meléndez Valdés, al que se sumaron ambos, de editar la revista *El Académico* en 1793¹⁷. En la reseña que el *Memorial Literario* publicó de la primera edición de *Gonzalo de Córdoba* en 1794 se subrayó la calidad de los versos del poeta madrileño:

Así es que en varios lugares de esta obra se hallan poesías muy bien trabajadas y de un gusto superior, muy delicado y muy fino, y el más digno de la imitación, cultivo y talento de los que aspiran al estudio de una Poesía ajena de esta vulgar, bárbara, idiota, que lejos de acreditar ingenio y estudio, no hace sino manchar y deslucir la cultura de la nación en este ramo de la literatura¹⁸.

La novela *histórica* tuvo numerosas ediciones en el siglo XIX, y la dedicatoria a Cienfuegos se mantuvo hasta entonces como la de 1847 de París. Resulta especialmente destacable que en cierta edición muy posterior y de localización muy lejana se estampase como reclamo la referencia a la autoría de Cienfuegos de los versos de la novela:

Gonzalo de Córdoba ó La Conquista de Granada, escrita por el Caballero Florian. Publicada en español por D. Juan López de Peñalver. Nueva edición, revista, corregida y aumentada con hermosos versos por D. Nicacio [sic] Alvarez de Cien Fuegos [sic]. Primera edición mexicana adornada con láminas finas. Mexico, Manuel Redondas, 1854.

El primero en incorporar a una selección de la poesía de Cienfuegos las composiciones escritas para *Gonzalo de Córdoba* fue Leopoldo Augusto de Cueto, que, en 1875, en el volumen III de sus *Poetas líricos del siglo XVIII*, las recogió como «imitaciones del francés» escritas para la citada novela y fue el responsable de unos títulos de los que carecían estas piezas interpoladas al hilo del relato¹⁹. Como veremos más abajo, sólo un texto del original francés traía título (el romance *Le rocher des deux amants*), pero Cueto, que sólo tenía delante la traducción española, optó por el rótulo *Fernando y Elcira. Romance*, ya que tampoco López de Peñalver tuvo en cuenta tan expresivo título alusivo a la leyenda de *La peña de los enamorados*, circunstancia que ha propiciado que esta versión de Nicasio Álvarez de Cienfuegos haya pasado casi inadvertida a la

17. Ver CANO, José Luis. «Introducción» a su ed. cit., pp. 12-13, que da la referencia para la primera solicitud de Archivo Histórico Nacional. Consejos, leg. 550, n.º 44. También en GUILLÉN, Jorge. *Op. cit.*, pp. 95-96. Puede verse el documento transcrito en MELÉNDEZ VALDÉS, Juan. *Obras completas*. Edición de Antonio Astorgano Abajo. Madrid: Ediciones Cátedra, 2004, pp. 1.364-1.367.

18. *Memorial Literario*, septiembre de 1794, VI, p. 68.

19. CUETO, Leopoldo Augusto de (ed.). *Poetas líricos del siglo XVIII*. Tomo III, Madrid: Rivadeneyra (*Biblioteca de Autores Españoles*, LXVII), 1875, pp. 1-36. Reimp. Madrid: Atlas, 1953.

hora de reconstruir la larga tradición literaria de ese episodio²⁰. Precisamente, este romance será utilizado como ejemplo, sin tener en cuenta esa tradición legendaria, en el libro de Juan Ayuso Rivera sobre el concepto de la muerte en la poesía romántica, y en el que también se cita la *Canción* «Rosal, rosal», sin distinguirla como perteneciente a este grupo de composiciones de Cienfuegos distintas a las *originales* que conformaron sus *Poesías*²¹.

Después, fue en la impagable edición de José Luis Cano en donde volvieron a darse en un «Apéndice II» con la apreciación de su editor de que «En realidad más

20. Sería demasiado prolijo ahora —y aun así pido disculpas por la extensión de esta nota— relacionar los testimonios más importantes de esta tradición, en la que cabrían para su estudio la recreación de Florian y la versión de Cienfuegos, ésta en el contexto de la recuperación folclórica de los últimos años del siglo XVIII y primeras décadas del siglo XIX. Para anotar el punto de partida de la leyenda de la peña de los enamorados, puede verse LORENZO VALLA. *Historia de Fernando de Aragón*. Ed. de Santiago López Moreda. Madrid: Akal (Clásicos Latinos Medievales y Renacentistas), 2002. La leyenda se publicó exenta en la traducción de José López de Toro de Valla, L. *La Conquista de Antequera con la leyenda de la Peña de los Enamorados*. Antequera: Biblioteca Antequerana, 1957, con prólogo y notas de Francisco López Estrada, quien la trata, igualmente, en su edición del *Abencerraje*. LÓPEZ ESTRADA, FRANCISCO (ed.). *Abencerraje*. Madrid: Cátedra, 1980, p. 91. Agustín Durán recogió un *Romance de Hamete y Tartagona, en la Peña de los enamorados* entre los romances moriscos novelescos de su *Romancero. Colección de romances castellanos anteriores al siglo XVIII*. Madrid: Rivadeneyra (Biblioteca de Autores Españoles, X), 1859, tomo I, pp. 118-119. Aunque en prosa, el más cercano testimonio a la traducción de Cienfuegos pudo ser *La Peña de los enamorados*, publicado en el *Correo de Cádiz* por el activo periodista José Lacroix (Joseph Marie de la Croix) y que editó modernamente RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, Borja. «Dos narraciones románticas del siglo XVIII», *Dieciocho*, 2002, 25.1, pp. 121-142. En plena década del romanticismo liberal se publicaron textos de R[OCA] DE T[OGORES], [Mariano]. «La Peña de los Enamorados». *Semanario Pintoresco Español*, 1836, 24, pp. 193-195; de BREMÓN, José María. «La Peña de los Enamorados». *El Guadalhorce*, 1839, 21, pp. 163-165; y de ZÚÑIGA, Manuel. «La Peña de los Enamorados». *La Alhambra*, 1839, I, pp. 81-82. Otro ejemplo del XIX, que convive con algunas de las numerosas ediciones decimonónicas de la versión española de *Gonzalo de Córdoba* (por ejemplo, una de París, de 1863), es la leyenda en verso de la escritora antequerana Trinidad de Rojas, *La peña de los enamorados: leyenda tradicional del siglo XV*. Granada, 1862. Sobre la época, véase JIMÉNEZ MORALES, M.^a Isabel. «La leyenda de la Peña de los enamorados en textos literarios no dramáticos del siglo XIX». *Revista de Estudios Antequeranos*, 1996, 4, pp. 215-250, que es el único lugar que he localizado en el que se tiene en cuenta tanto el texto de Cienfuegos como su antecedente en la novela de Florian.

21. AYUSO RIVERA, Juan. *El concepto de la muerte en la poesía romántica española*. Madrid: Fundación Universitaria Española, 1959, pp. 37 y 49. Algo parecido ocurre con la referencia al romance de Fernando y Elcira que encontramos en MAS, Amédée. «Cienfuegos et le préromantisme européen». *Mélanges à la mémoire de Jean Sarrailh*. París: Institut d'Études Hispaniques, 1966, II, p. 128; y en LÓPEZ DE PEÑALVER, Juan. *Escritos*. Edición de Ernest Lluch. Madrid: Instituto de Estudios Fiscales, 1992, pp. XLVI-XLVIII, y nota 40, en donde, sin embargo, se habla más extensamente del proyecto del *Gonzalo de Córdoba* y se menciona una traducción del poema al italiano en la que se atribuía el texto español al propio Peñalver.

que imitaciones o traducciones de los poemas de Florián incluidos en su novela, son adaptaciones casi siempre muy ampliadas de aquéllos, aunque Cienfuegos se somete al motivo central cantado por Florián, pero desarrollándolo libremente.²² Años antes, Cano fue más impetuoso al escribir, a propósito de sus investigaciones sobre Florián Coetanfao, que aquellas composiciones eran «bastante malas»²³. Más recientemente, por la edición de Guillermo Carnero hemos conocido también la relación de poemas²⁴; pero creo que no han vuelto a editarse y, como antes he apuntado, nunca se han dado junto a los textos de partida que sirvieron a Nicasio Álvarez de Cienfuegos para componer los suyos en la traducción que su amigo Peñalver hizo de la novela de Florián. Por ello, aun a costa de volver a editar el texto español, doy los dos enfrentados, el francés tomado de la primera edición de la novela, y el español de Cienfuegos. Así podrá observarse lo que por algunos ha sido señalado como distancia entre el original y la traslación del vate español, y el grado de libertad de las recreaciones cienfuegosianas.

Los poemas incluidos en la novela del escritor francés traducida por Peñalver fueron diez composiciones, desiguales en extensión y en tono, acomodadas al discurrir de la acción del relato. Si seguimos la edición de Cano, son la *Canción* «Incautos hijos de Marte», inserta en el Libro I de la novela, la *Inscripción para el salón de Justicia del Rey*, *Otra para el salón de corte de la Reina*, una *Canción epitalámica* con coros de mancebos y doncellas (Libro II), una *Canción guerrera* (Libro III), la *Canción* que comienza «Rosal, rosal» (Libro IV), el romance *Fernando y Elcira* sobre la leyenda referida de *La Peña de los enamorados* (Libro VI), una *Cantata* (Libro VII), un *Canto fúnebre* (Libro IX) y un *Romance* (Libro X).

Algunos presentan variantes muy significativas con respecto al original francés. Así, en la *Canción epitalámica*, que en la novela cantan dos grupos de doce doncellas y de doce mancebos, Cienfuegos distingue entre las estancias dichas por ambos coros, las que dicen las doncellas y las que dicen los mancebos. En francés, los versos van introducidos por la referencia a que «chantoient alternativement», y los que resultaron noventa y ocho versos de la versión española eran sólo en origen veinte. Podrá observarse, igualmente, que en la traducción no se incluyen algunos versos que sí figuraban en el texto de Florián, y cómo en el citado romance sobre la Peña de los enamorados se prescinde de la nota explicativa que llevaba la versión francesa.

22. CANO, José Luis. Ed. cit., pp. 201-217. Cita en p. 202.

23. CANO, José Luis. «¿Quién era Florián Coetanfao?». *Revue de Littérature Comparée*, 1959, 33, 400-410. Reimp. en CANO, José Luis. *Heterodoxos y prerrománticos*. Madrid: Júcar, 1975, pp. 281-302. Nueva edición en Madrid: Eneida, 2007, pp. 251-267.

24. GUILLÉN, Jorge. *Op. cit.*, pp. 252-253.

LIBRO I

Braves guerriers, tendres amants,
Ne dédaignez pas la prudence:
Souvent la gloire et l'innocence
Succombent aux traits des méchants;
La trahison suit en silence
Les pas des héros triomphants.
Braves guerriers, tendres amants,
Ne dédaignez pas la prudence.

Tandis que, sous ces palmiers verts,
Du printemps le chanfre volage
Ravit les échos du bocage
Par ses doux et brillants concerts,
Le milan, qui d'un roc s'élance,
L'immole au milieu de ses chants
Braves guerriers, tendres amants,
Ne dédaignez pas la prudence.

J'ai vu le roi des animaux,
Poursuivant le chasseur timide,
Passer sur la fosse perfide
Qu'on a couverte de rameaux:
Il tombe, il périt sans défense,
Frappé par des vainqueurs tremblants.
Braves guerriers, tendres amants,
Ne dédaignez pas la prudence.

LIBRO I

Canción

*Incautos hijos de Marte,
imprudentes amadores,
la fortuna en sus favores
tal vez os pierde falaz.
Velad, velad.*

¡Cuántas veces silenciosa
va la traición siguiendo,
con fermentido semblante
al invencible guerrero!
Y cuando ya su inocencia
y su gloria, sin recelo
llevó al escondido lazo,
le oprime en triunfo perverso.

*Incautos hijos de Marte,
imprudentes amadores,
la fortuna en sus favores
tal vez os pierde falaz.
Velad, velad.*

El ruiseñor, paseando
de palma en palma su vuelo,
las selvas llena de amores
que lejos repite el eco,
y el gavilán entre tanto,
desde sus rocas cayendo,
se arroja sobre él; ¡ay, triste,
que muere entre sus gorjeos!

*Incautos hijos de Marte,
imprudentes amadores,
la fortuna en sus favores
tal vez os pierde falaz.
Velad, velad.*

Yo he visto al rey de las fieras
que al cazador persiguiendo,
llega al precipicio triste
en falsas ramas cubierto.
Las huella, cae, y, al instante,
por más que ruja, indefenso,
de su triunfante enemigo
perece al tímido esfuerzo.

*Incautos hijos de Marte,
imprudentes amadores,
la fortuna en sus favores
tal vez os pierde falaz.
Velad, velad.*

LIBRO II

Crime, pâlis d'effroi, crains mon regard sévere:
Le ciel, lent à punir, tonne et frappe à la fin.
Rassure-toi, triste orphelin;
Ici tu vas trouver un pere.

Ici la beauté, la pudeur,
Les jeux, les ris, la politesse,
Font naître et couronnent sans cesse
La gloire, l'amour et l'honneur.
Ici la plus chere faveur
Ne coûte rien à la sagesse:
L'amour est exempt de foiblesse,
Et le courage de fureur:
Vaincre suffit à la valeur,
Plaire suffit à la tendresse.

LIBRO II

Inscripción para el Salón de Justicia del Rey

Palidece, oh Maldad: doquier que huyas
allí te seguiré. Con paso lento,
en pos va del delito el escarmiento,
Ven, llega sin temor, huérfano triste,
que aquí te espera el padre que perdiste.

Otra para el Salón de Corte de la Reina

El amor, honor y gloria
aquí entre inocentes juegos
nacen, y el pudor hermoso
les da regalados premios.

No cuesta aquí la inocencia
el favor más lisonjero,
ni en el amor hay flaqueza,
ni furor en el guerrero.

Basta al valor la victoria,
y a los corazones tiernos
basta en amorosas lides
poder triunfar complaciendo.

Canción epitalámica

Ambos coros

Présents du ciel, bienfaits charmants,
Tendre amour, aimable hyménée,
Vous seuls de nos plus beaux moments
Serez la chaîne fortunée.

Qu'il est doux pour un jeune coeur
De vivre sous votre puissance!
L'amour lui donne le bonheur,
L'hymen lui donne l'innocence.

Des biens jusqu'alors inconnus
Viennent doubler ses jouissances;
Tous ses plaisirs sont des vertus,
Tous ses devoirs des récompenses.

Puissent les serments de ce jour,
Gardés, chéris toute la vie,
Donner des belles à l'amour
Et des héros à la patrie!

Heureux époux, vos descendants
Seront dignes de leurs modèles:
Les fils du lion sont vaillants,
Ceux de la colombe fideles.

Amor, Amor, desciende
y al himeneo tu querido hermano,
la hacha inmortal enciende.
¡Oh fecundo consuelo
del hombre!, de tu asiento soberano,
baja en rápido vuelo,
riendo con la cándida inocencia.
Todo florece: el aire se embalsama.
¿Cuál encanto, cuál Dios el pecho inflama?
¡Amor! ¡oh! ¡salve, Amor! es tu presencia;
¡salve! Escuchó nuestro feliz deseo,
cantemos el Amor y el himeneo.

Coro de mancebos

Cantad, la frente hermosa
de azucenas y rosas coronado
a la tímida esposa.
Su virtud, sus amores,
doncellas del Genil, dulces cantando,
al cielo sus loores
alzad: vosotras de su pecho ardiente
los secretos guardáis. Virgen un día,
los juegos y el placer con vos partía,
y sus deseos os fio inocente.
¿Calláis? ¿Cuál pena vuestro pecho anida
que inunda en llanto vuestra faz caída?

Coro de doncellas

Pudorosa y amante,
en nuestro coro virginal brillaba
cual la palma triunfante,
a par de humilde helecho.
Tierna, modesta, la virtud dictaba
en su sencillo pecho,
el inocente amor que en este día
premia himeneo. ¡Día malhadado!,
¿y la arrancas por siempre a nuestro lado,
a nuestras inocencias y alegría?
¡Ah! Más valiera libertad gozosa
que de himeneo la cadena hermosa.

Coro de mancebos

El ruiseñor que ahora
repite sus querellas amoroso,
del ocaso a la aurora,
algún día contento
su dulce libertad cantó orgulloso.
Amor le oía atento,
y en su pecho infantil adormecido
crece con él, cual encubierta llama.
Sopla la juventud, amor le inflama,
¡y adiós libre reposo, antes querido!
¡Adiós!, más vale esclavitud amada,
que estéril libertad desperanzada.

Ambos coros

Amor, Amor, desciende
y al himeneo tu querido hermano,
la hacha inmortal enciende.
¡Oh fecundo consuelo
del hombre! de tu asiento soberano,
baja en rápido vuelo,
riendo con la cándida inocencia.
Todo florece: el aire se embalsama.
¿Cuál encanto, cuál Dios el pecho inflama?
¡Amor! ¡oh! ¡salve, Amor! es tu presencia;
¡salve! Escuchó nuestro feliz deseo,
cantemos el Amor y el himeneo.

Coro de doncellas

Huyeron, ¡ay!, huyeron
para siempre los días que a su lado
en delicias nos vieron.
Ya nos será la vida
eterna soledad y desagrado.
Ella, en tanto querida
vivirá para amar. ¡Ay!, imitemos
sus virtudes. Tal vez tan virtuosas
nos veremos, cual ella, venturosas,
y algún digno mortal... ¡Ah!, no hallaremos
jamás otro Almanzor. ¿Cuándo natura
unió a tanto valor tanta ternura?

Coro de mancebos

Dulce, respetuoso
en sus cariños, en el Marcio duelo
su brazo impetuoso
muerte, pavor, congoja,
cual rayo ardiente en africano suelo
irresistible arroja.
Vence, y triunfa de nuevo perdonando.
¿De dó tanta virtud? De sus amores.
Sed Moraimas, seremos Almanzores;
que en ricos frutos se hermosea amando
la higuera ya feliz, que, antes cercada
de estéril soledad, fue desamada.

Ambos coros

Amor, Amor, desciende
y al himeneo tu querido hermano,
la hacha inmortal enciende.
¡Oh fecundo consuelo
del hombre! de tu asiento soberano,
baja en rápido vuelo,
riendo con la cándida inocencia.
Todo florece: el aire se embalsama.
¿Cuál encanto, cuál Dios el pecho inflama?
¡Amor! ¡oh! ¡salve, Amor! es tu presencia;
¡salve! Escuchó nuestro feliz deseo,
cantemos el Amor y el himeneo.

Coro de doncellas

Vivas, Moraima tierna,
vivas dichosa, de tu esposo al lado,
en primavera eterna.
Cada naciente aurora
te preste un nuevo amor y un nuevo agrado;
y siempre encantadora,
más bella cada vez te halle tu esposo.
Fecunda oliva, tus hermosos hijos,
siembren con sus pueriles regocijos
tu juventud de plácido reposo;
e imagen paternal, allá en tu invierno
cierren tus ojos en el sueño eterno.

Coro de mancebos

Por siempre afortunado
viva Almanzor en brazos de su esposa.
Volviendo coronado
de la batalla impía,
una nueva virtud y gracia hermosa
en Moraima le ría;
y en candor infantil sus hijas bellas
su faz halaguen con la débil mano.
Tímidas crezcan, y el Genil ufano
la imagen maternal retrate en ellas.
Y, madres faustas, en su prole hermosa
vea muriendo renacer su esposa.

Ambos coros

Amor, Amor, desciende
y al himeneo tu querido hermano,
la hacha inmortal enciende.
¡Oh fecundo consuelo
del hombre! de tu asiento soberano,
baja en rápido vuelo,
riendo con la cándida inocencia.
Todo florece: el aire se embalsama.
¿Cuál encanto, cuál Dios el pecho inflama?
¡Amor! ¡oh! ¡salve, Amor! es tu presencia;
¡salve! Escuchó nuestro feliz deseo,
cantemos el Amor y el himeneo.

LIBRO III

La trompette appelle aux alarmes,
Ses sons excitent la valeur;
Jeunes amants, c'est de nos armes
Que dépendra notre bonheur.
Le jour qui suit une victoire
Est encore un plus heureux jour:
L'amour récompense la gloire,
Et la gloire embellit l'amour.

Souvent l'amant le plus fidele
Déplait aux yeux qui l'ont charmé;
Pour un vainqueur point de cruelle,
Celui qu'on admire est aimé.

LIBRO III

Canción guerrera

*La guerra tronó: los ecos
a su voz, Abenhamet
mil veces claman; y lejos:
¡ay, ay! responde Jaén,
mis fuertes torres
van a caer.*

El clarín sonó: guerreros,
marchad, blandiendo las lanzas
sobre el relinchante bruto
que el freno espumando tasca.

Aux belles un héros fait croire
Qu'il doit les soumettre à leur tour;
Et la beauté cede à la gloire
Ce qu'elle dispute à l'amour.

Amour, honneur, dieux de nos ames,
Décidez seuls de notre sort;
A des coeurs brûlés de vos flammes
Donnez le triomphe ou la mort.
Périssons dignes de mémoire;
Ou qu'on dise, à notre retour:
L'amour a tout fait pour la gloire,
La gloire obtient tout de l'amour.

Allí donde fiero Marte
acerada muerte os guarda,
allí con sangre regado
nace el laurel de la fama.

*La guerra tronó: los ecos
a su voz, Abenbamet
mil veces claman; y lejos:
¡ay, ay! responde Jaén,
mis fuertes torres
van a caer.*

¿Qué vale que cien provincias
mueva contra vos España,
si ocho siglos de heroísmos
se encierran sólo en Granada?
Doquier os cercan gloriosos
las paternas hazañas;
cien triunfos moriscos yacen
doquier posaréis la planta.

*La guerra tronó: los ecos
a su voz, Abenbamet
mil veces claman; y lejos:
¡ay, ay! responde Jaén,
mis fuertes torres
van a caer.*

¡Ay, que las tumbas se abren!
¿Oís que de ellas os claman,
Vencer o morir? ¡Perezca
quien viva para la infamia!
Jurado está: el que a la muerte
vuelva cobarde la espalda,
Amor será su enemigo,
y su verdugo la Patria.

*La guerra tronó: los ecos
a su voz, Abenbamet
mil veces claman; y lejos:
¡ay, ay! responde Jaén,
mis fuertes torres
van a caer.*

Si os desalientan los rayos
de las diestras castellanas,
volved un punto la vista
a las torres de Granada.

Allí del Genil las bellas
os miran y, enamoradas,
seguras de la victoria,
os tejen ya las guirnaldas.

*La guerra tronó: los ecos
a su voz, Abenhamet
mil veces claman; y lejos:
¡ay, ay! responde Jaén,
mis fuertes torres
van a caer.*

¿Será que, en baldón vencidos,
dejéis marchitar las palmas
que en loor de vuestra gloria
su amor ardiente prepara?
Lejos el temor, doncellas,
tejed sin cesar guirnaldas,
que Abenhamet es caudillo,
y ordena triunfar Zoraida.

*La guerra tronó: los ecos
a su voz, Abenhamet
mil veces claman; y lejos:
¡ay, ay! responde Jaén,
mis fuertes torres
van a caer.*

LIBRO IV

Rosier, rosier jadis charmant,
Quand je venois sous ton ombrage
Entendre et faire le serment
D'aimer chaque jour davantage!

Qu'elles étoient belles tes fleurs
Quand sa main les avoit cueillies!
Maintenant leurs tristes couleurs
A mes yeux paroissent ternies.

A t'apporter de claires eaux
Nous trouvions tous deux mille charmes;
Aujourd'hui tes frêles rameaux
Ne sont baignés que de mes larmes.
Rosier, rosier, tu vas périr!

LIBRO IV

Canción

Rosal, rosal, ¿do está el tiempo
que me oyó tu sombra amiga
jurar un amor eterno
al que el suyo me ofrecía?

Cuando en ti fijaba
la risueña vista,
¡con qué amor tus rosas
su prisión cerrada abrían!

Plus que toi mon ame est flétrie:
Mais je souffre, et ne puis mourir;
Rosier, que je te porte envie!

Ahora, sin amparo,
¿qué harán? Afligidas,
del pajizo trono
para siempre caen marchitas.

¡Cuántas veces, ay, tu tronco
nos vio en amantes caricias
darle en cristalinas aguas
su frescor y hermosa vida!

Árbol infelice,
mi recreo un día,
ya tu solo riego
serán las lágrimas mías.

Muerte son tus galas;
¡pluguiese a mi dicha
que, al caer, tus hojas
cubriesen mi tumba fría!

LIBRO V

Dérobe ta lumière, ô lune trop brillante;
Nuit, garde le secret de ma timide ardeur;
Zéphyr, portez ma voix jusque à mon amant,
Mais qu'elle s'arrête à son cœur.
Et vous, qui, loin de cette belle,
Ignorez de l'amour les douloureux tourments,
Dormez, dormez, indifférents;
Vous seriez mes rivaux, si je vous parlois d'elle.

Pendant le jour, hélas! réduit à me contraindre,
Je tremble qu'un soupir ne trahisse mes feux:
Je desire la nuit; alors j'ose me plaindre,
Et je me crois moins malheureux.
Vaine erreur! loin de sa présence,
Le monde est un désert; seul j'y parle d'amour;
Reviens, reviens, flambeau du jour;
J'aime mieux la revoir, et garder le silence.

LIBRO V

Despertad, salid, oh, amantes,
de ese funeral letargo,
antes que rotas las nubes
descienda mortal el rayo.
¿No escucháis la herrada planta
de los fogosos caballos,
que hacen que temblando giman
los ecos allá lejanos?
Elcira asustada atiende,
vuela, registra y: «Fernando,
el Rey»... exclama, y sus voces
murieron en un desmayo.
Fernando se alza, duda,
vaga con inciertos pasos,
arde en furor, y resuelve
arrojarse a sus contrarios.
Iba ya, cuando de Elcira
se acuerda, y lleno de espanto
torna, y la ve desmayada,
el rostro en sudor bañado.
Su palidez sostenía
sobre un abismo un peñasco
que va a caer, y hondo espera
un torrente siempre opaco.
La ve, y palpita el amante;
tres veces la nombra en vano,

recoge su aliento, y posa
en su corazón la mano.
¿No vuelves?, clama, y oyendo
de un céfiro el soplo manso
ver a su amada imagina
entre bárbaros soldados.
Lanza mil trémulos gritos,
y con el siniestro brazo
estrecha a Elcira, en la diestra
un corvo alfange empuñando.
Ella entre tanto volviendo
lentamente va; sus labios
mueve, suspira, entreabre
la vista, y mira a Fernando.
La revuelve, y en el cielo
la clava, y luego posando
en su amador la cabeza,
prorrumpie en amargo llanto.
Llora, y: Te perdí, le dice...
¡Nos perderán?... ¡Ah!... Muramos.
No hay más partido... la muerte
dulce me será a tu lado.
¡Oh, Fernando..., única gloria
de mi corazón! Te amo,
y te amaré... Aquí llegaba
cuando el monarca africano
parece, grita, amenaza.
Mas con valor desgraciado
su hija sobre la roca
a su querido abrazando,
Tened, tened, le responde,
os juro que a un solo paso
que adelantéis, al instante
nos veréis precipitados.
En las sombras de la muerte
buscaremos el descanso,
y el amor que aquí nos niegan
vuestros pechos inhumanos.
Túrbase el Rey, y dudoso
para; mas, ¡ay!, que entre tanto
ansioso del premio a Elcira
un sanguinoso soldado
corre... Detén, infelice,
¿do vas? ¡Gran Dios! Se lanzaron
los tristes; los vio el torrente,
y abrió sus ondas bramando.
Dio allí a sus amores tumba,
y de entonces solitario,
sin cesar oye a la roca
clamar: «Elcira y Fernando».

LIBRO VI

LE ROCHER DES DEUX AMANTS.
ROMANCE

Le beau Fernand, prisonnier d'un roi maure,
Osoit aimer la fille du vainqueur;
La belle Elzire est celle qu'il adore;
Elzire sent pour lui la même ardeur:
Filles de roi n'ont-elles pas un coeur?
Tous deux long temps ont gardé le silence;
Mais en amour un regard est compris.
Ceux de Fernand promettoient la constance,
Et ceux d'Elzire en promettoient le prix:
Sans se rien dire, ils s'étoient tout appris.

Un jour, hélas! ce couple trop sensible
S'étoit rendu sur d'arides côtes,
Sous un rocher, près d'un abyme horrible
Où deux torrents précipitent leurs eaux:
Pour des amants tous les déserts son beaux.

Ils s'y juroient une amour éternelle,
Quand le roi maure, en secret informé,
Accourt suivi d'une troupe cruelle;
Par ses soldats tout chemin est fermé:
Point de pardon, ce roi n'a point aimé.

Vers le sommet de la roche effrayante
Les deux amants ont déjà pris l'essor;
Le roi les suit: Elzire palpitante
Vole au torrent, se place sur le bord:
Coeur bien épris n'a jamais craint la mort.

Arrête, arrête, ou je suis ta victime,
Dit-elle au roi, si tu fais un seul pas,
Au même instant je tombe en cet abyme
Avec l'époux que je tiens dans mes bras:
Mourir ensemble est un si doux trépas!

Le roi se trouble, il s'arrête, il balance;
Mais un barbare, un soldat furieux,
Court vers Elzire... O ciel! elle s'élançe;
L'onde engloutit ces amants malheureux:
Las! ils sont morts en s'embrassant tous deux (1)

(1) L'aventure qui fait le sujet de cette romance est un fait véritable, célèbre dans

LIBRO VI

FERNANDO Y ELCIRA

Vencido en infausta guerra,
de un príncipe moro esclavo,
al triste son de los grillos,
suspiros lanza Fernando.
No las delicias perdidas
lamenta de aquellos campos,
donde por la vez primera
le vieron del sol los rayos.
Ni le amarga la memoria
de sus padres, que entre llantos
sin esperanza le llaman,
desde el oriente al ocaso.
Elcira, la hermosa Elcira,
hija del rey africano,
es la que llorar ordena
a su pecho enamorado.
¡Amor, amor!, ¿quién resiste
a tu omnipotente brazo?,
desde el pastor al monarca
triunfante arrastra tu carro.
Dígalo la tierna Elcira,
que en la llama de Fernando
ardió, y dijeron sus ojos
lo que callaban sus labios.
Yo te amaré eternamente,
dice en su mirar Fernando;
y el de Elcira le responde:
ama, que el premio te guardo.
Se entienden; y amor los guía
a sus templos solitarios,
de donde terrible ahuyenta
al insensible profano.
Allí, do entre áridos montes
en precipicios tajados
se despeñan estruendosos
torrentes mil espumando;
el amor les da su copa,
y en deleitosos letargos
en la margen del abismo
los va adormeciendo falso.
Ya la prudente cautela,
ya su opinión olvidaron;
amor doquier les rodea;
y es ciego el Amor e incauto.

¡Ay!, que sus tristes amores
resuenan ya en el palacio.
¡Ay, que el iracundo oído
hieren del rey africano!
Del rey, que el pecho de bronce,
ni amante jamás, ni amado,
en pos de los amadores
vuela respirando agravios.
Ministros de sus venganzas
le rodean sanguinarios
cien inflexibles sayones
de horrendas muertes armados.

LIBRO VII

Je vais revoir la beauté que j'adore,
Un plaisir pur doit seul remplir mon coeur;
Et malgré moi ce coeur murmure encore;
Dans son ivresse il connoit la fureur!
Transports jaloux, crainte cruelle,
Pourquoi troubler mes tendres feux?
Ah! Zora, que n'es-tu moins belle!

Sans cesser d'être aussi fidele,
Ton amant seroit plus heureux.

Dans nos forêts la charmante gazelle
A tout mortel se cache avec effroi:
Imite-la, fuis les regards comme elle;
Elle est sensible et douce comme toi.
Transports jaloux, crainte cruelle,
Pourquoi troubler mes tendres feux?
Ah! Zora, que n'es-tu moins belle!
Sans cesser d'être aussi fidele,
Ton amant seroit plus heureux.

O vain espoir de mon ame éperdue!
Peux-tu cacher tes attraits enchanteurs!
Le beau palmier qui monte dans la nue
N'échappe point aux yeux des voyageurs.

le pays. La roche d'où les deux amants se
précipiterent s'appelle encore *Peña de los
enamorados*, et se trouve en quittant Loxa,
dans le voisinage d'Archidona.

LIBRO VII

Cantata

Al fin, yo vuelvo con la noche fría
a ser feliz en la que el alma mía
cual deidad señorea.
A verla tomaré, y en tiernos lazos
estrecharán mis brazos
aquel cándido seno palpitante
do mora la virtud casta y hermosa.
Sus dulces labios de azucena y rosa
los míos libarán, y oíré anhelante
su voz enamorada
por el amor tal vez interrumpida.
Entonces, ¡ay!, con lánguida mirada
me inflamarán sus ojos elocuentes...
¡Oh, cuánto amor!, ¡oh, cuántas inocentes
caricias guardará! Tal vez ahora
al rayo de la luna silencioso
espera, de su esposo
las memorias queridas repasando.
Tal vez cuenta llorando
los instantes que tardo a sus amores,
y en los días mejores
piensa cuando la veía
el Atlas enriscado,
gozar siempre a mi lado.
Amor inalterable y alegría.
Sombra fugaz, volaron
tan florecientes días,
y en pos de sí llevaron
mi paz y mi placer.
¿Do estás? ¡Ay, triste!, yaces
en la infeliz memoria
que siempre clama: fue.

Transports jaloux, crainte cruelle,
Pourquoi troubler mes tendres feux?
Ah! Zora, que n'es-tu moins belle!

Sans cesser d'être aussi fidele,
Ton amant seroit plus heureux.

Fue mi fatal ventura.
Y para siempre fue. Discordia impura
de la guerra infeliz soplando el fuego,
sin esperanzas me robó el sosiego
de las tranquilas chozas paternales
nos trajo a los horrores, a la muerte.
Y..., ¡oh!, peor que el morir son los fatales
vicios que esta región brota doquiera.
¡Osmán, pérfido Osmán!... ¡Ah! Teme, teme
mi venganza rabiosa...
¿Osaste a mi esposa
declarar tu pasión? En vano, en vano
tu pecho reventó la impura llama;
mi esposa es la virtud, Zora me ama...
Mas, ¿quién sabe, gran Dios, si en este instante
jura el pérfido ser su eterno amante?
Huye su vista, Zora,
huye, y de mí te acuerda;
por siempre fiel me adora,
seré dichoso en ti.
¡Oh, si por dicha mía
no tan hermosa fueras!
mi amor igual sería,
empero más feliz.

LIBRO VIII

Soldat qui gardes ces creneaux
Appuyé sur ta longue lance,
Fais-moi parler à ton héros,
Soldat qui gardes ces creneaux:
Pour guérir de sensibles maux,
J'ai besoin de son assistance,
Soldat qui gardes ces creneaux
Appuyé sur ta longue lance.

La beauté, la gloire et l'amour
Je vais chantant de ville en ville;
C'est tout le bien d'un troubadour,
La beauté, la gloire et l'amour:
Un moment avant qu'il soit jour,
Dans tes murs donne-moi l'asyle;
La beauté, la gloire et l'amour
Je vais chantant de ville en ville.

Un lien tendre et fraternal
Nous unit au guerrier sensible;
Il est, il doit être éternel,
Ce lien tendre et fraternal:
Notre lyre rend immortel
Celui que son bras rend terrible;
Un lien tendre et fraternal
Nous unit au guerrier sensible.

LIBRO IX

Pleure, famille d'Ismaël,
Pleure le plus grand de tes freres,
Celui dont les vertus si cheres
Fléchissoient pour nous l'Éternel.
Invincible comme nos peres,
Comme eux, hélas! il fut mortel:
Pleure, famille d'Ismaël,
Pleure le plus grand de tes freres.

Quand le cedre, qui dans les airs
Portoit sa tête verdoyante,
Tombe, et de sa chute bruyante
Fait gémir au loin les déserts,
Les larmes des tristes bergeres
Demandent un ombrage au ciel:
Pleure, famille d'Ismaël,
Pleure le plus grand de tes freres.

Jour funeste, jour de douleur,
Où deux époux meurent ensemble,
Où le même tombeau rassemble
La vertu, l'amour, la valeur!
Ton souvenir, dans nos miseres,
Sera cher autant que cruel:
Pleure, famille d'Ismaël,
Pleure le plus grand de tes freres.

LIBRO IX

Canto fúnebre

Coro de doncellas

¿Dónde está nuestra gloria,
oh, hijos de Ismael? El marchitado
lauro romped, que un día
os ciñó la victoria
esclava de Almanzor. ¡Infortunado!
¡Le holló la muerte impía!
Venid, y de ciprés la sien ornada,
en lágrimas regad su tumba helada.

Coro de mancebos

Cubrid entristecidas,
oh hijas de Ismael, vuestra hermosura
de dolor y de muerte.
¡Ay, ay! Ya orfanecidas,
vuestras trenzas cortad, y sin ventura
llorad al grande, al fuerte,
al que héroe entre los héroes relucía,
como en el cielo el luminar del día.

Ambos coros

El cedro, que orgulloso
alza a las nubes la pomposa frente,
cae, y braman temblando
al caer estruendoso
las selvas, y a los cielos inocente
pide el pastor llorando
su sombra. ¡Oh, Almanzor, cedro caído!,
tu sombra paternal hemos perdido.

Coro de doncellas

Vírgenes desamadas,
siervas tal vez, del Tajo la ribera
en llanto regaremos.
Allí desesperanzadas
y ansiosas de morir, ¡oh, si viviera
Almanzor!, clamaremos,
nuestra patria nos viera venturosas
de un guerrero amador tiernas esposas.

Coro de mancebos

¿A quién nos volveremos
que nos pueda salvar cuando el cristiano
alce la ardiente espada?
Almanzor, clamaremos,
y Almanzor callará; y el fiero hispano,
¡oh, patria desdichada!,
hollando nuestros miembros palpitantes,
derrocará tus muros vacilantes.

Ambos coros

Guarda, oh tumba sombría,
en paz la guarda con su esposa al lado.
Echad polvo y doliente
alza la losa fría.
¡Vale, vale, Almanzor desventurado!
¡Ay, vale eternamente!
¡Y pueda un día la infeliz Granada
desagraviar tu sombra ensangrentada!

LIBRO X

Unique objet de ma tendresse,
Jeune victime de l'amour,
Je consens à pleurer sans cesse,
Consentez à souffrir le jour:
C'est pour moi que je vous implore;
Vivez, pour que je vive encore.

Souvent votre bouche m'assure
Que votre coeur sait me chérir,
Je n'ai que vous dans la nature,
Et vous desirez de mourir!
C'est pour moi que je vous implore;
Vivez, pour que je vive encore.

En vous seule est ma destinée,
Votre sort n'en est pas plus doux;
Que je me trouve infortunée
D'être plus heureuse que vous!
C'est pour moi que je vous implore;
Vivez, pour que je vive encore.

LIBRO X

Del amor víctima triste
mi dulce y sola esperanza,
vivid, vivid, yo os lo ruego,
o eternas haréis mis ansias.

Si cual decís, por doquiera
vuestro corazón me ama,
ved que sois único apoyo
de esta mujer desdichada.

Vos sola sois mi universo,
vos. ¿Y con mísera planta
corréis a buscar la muerte,
dejándome abandonada?

¡Qué no cargaré en mí sola
la pena que así os quebranta!
Vivid, vivid, por mi vida,
si ya la vuestra os amarga.

Cienfuegos no traduce el poema del Libro V («Dérobe ta lumière...») porque López de Peñalver omite el fragmento en el que, en el original francés, uno de los caballeros canta acompañado de su guitarra esa serenata dirigida a su amada Séraphine. El traductor español no desarrolla esa escena y se conforma con una referencia general a la actitud de los amantes que durante la noche velan junto a sus tiendas el sueño de las damas. Por su lado, el escamoteo del texto del Libro VIII puede parecer más abrupto, ya que se omite la canción que entona el trovador misterioso que resultará ser la «fiel Amina, esclava de Zulema», motivo por el que Gonzalo es despertado de noche y avisado para escuchar. En la traducción española se prescinde del contenido y se desplaza la atención sobre los rasgos de esa voz que permite al héroe identificar a la sierva de su amada.

En el resto de interpolaciones poéticas, López de Peñalver es fiel al hilo del relato que, salvo en los dos casos en que se reproducen textos escritos —las dos inscripciones del Libro II—, las justifica como letras de las canciones que dicen los personajes. Cabe suponer que su amigo Nicasio no se cuestiona si en la selección faltan textos, sino que se limita a escribir sus versiones sobre lo que consideró Peñalver y que han quedado como el más temprano testimonio impreso de esta faceta de nuestro escritor y, también, de su producción poética.

Por esto, el caso de estos poemas poco considerados en el conjunto de la producción de Cienfuegos puede ser tenido en cuenta para reconstruir la fortuna

póstuma del autor en el primer tercio del siglo XIX, incluso algo más allá de las fechas de las más conocidas ediciones de sus textos poéticos; y, también, a pesar de que en 1844 Antonio Alcalá Galiano escribiese que «no son muchos los que ahora leen las poesías de Cienfuegos»²⁵. Arriba he mencionado alguna edición de la traducción española de *Gonzalo de Córdoba*; baste ahora recordar que entre la última edición de las *Poesías* de Cienfuegos anterior a la recopilación de Leopoldo Augusto de Cueto en 1875, que fue la publicada en Barcelona por la viuda e hijos de Antonio Brusi en 1832, se cuentan cinco nuevas impresiones de la novela de Florián con los versos de Cienfuegos²⁶.

Para terminar con este excursus, recordaré que entre los testimonios de esa fama posterior del melancólico autor de *La condesa de Castilla* se encuentran unas palabras que no por repetidas son menos intensas, trascendentales y también conmovedoras. Las escribió Manuel José Quintana en 1813 en la dedicatoria «A Cienfuegos» con que encabezó la edición de sus *Poesías* en la Imprenta Nacional:

De ti aprendí a no hacer de la literatura un instrumento de opresión y de servidumbre; a no degradar jamás ni con la adulación ni con la sátira la noble profesión de escribir; a manejar y respetar la poesía como un don que el cielo dispensa a los hombres para que se perfeccionen y se amen, y no para que se destrocen y corrompan²⁷.

Fueron toda una declaración literaria de alguien que demostró su amistad duradera varios años después de la muerte del destinatario de la dedicatoria, ese «poeta lírico inspirado, aunque incorrecto», como lo llamó Cotarelo²⁸. Es cierto que

25. ALCALÁ GALIANO, Antonio. Art. cit., p. 99b.

26. GUILLÉN, J. *Op. cit.*, p. 252. Véase también nota de G. CARNERO, p. 253.

27. QUINTANA, Manuel José. *Poesías completas*. Edición de Albert Dérozier. Madrid: Editorial Castalia (Clásicos Castalia, 16), 1969 (Reimp. 1980), p. 335. La edición original: QUINTANA, Manuel José. *Poesías*. Madrid: Imprenta Nacional, 1813, p. II. Se conserva manuscrita en la Biblioteca Nacional de Madrid en 3 hojas, fechada en Cádiz el 20 de junio de 1813 (Signatura: RES/99). El fragmento está recogido parcialmente en otros trabajos, como la introducción de José Luis CANO a su edición de ÁLVAREZ DE CIENFUEGOS, Nicasio. *Poesías*. José Luis CANO (ed.). Madrid: Castalia, 1980 (1969), p. 13; el artículo de GIES, David T. «Cienfuegos: un emblema de luz y oscuridad». *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 1984, XXXIII, pp. 234-246; o el de CHECA BELTRÁN, José. «Debate literario y política». En ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín. *Se hicieron literatos para ser políticos. Cultura y política en la España de Carlos IV y Fernando VII*. Madrid: Biblioteca Nueva y Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2004, pp. 147-165. Recientemente, también en LAMA, Miguel Ángel. «La poesía selecta de Manuel José Quintana». En DURÁN LÓPEZ, Fernando; ROMERO FERRER, Alberto y CANTOS CASENAVE, Marieta (eds.). *La patria poética. Estudios sobre literatura y política en la obra de Manuel José Quintana*. Madrid: Iberoamericana-Vervuert, 2009, pp. 19-33.

28. COTARELO Y MORI, Emilio, *Isidoro Máiquez y el teatro de su tiempo*. Madrid: J. Peralez y Martínez, 1902. Cito por la edición moderna con estudio preliminar de ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín, Madrid: Publicaciones de la Asociación de Directores de Escena de España, 2009, p. 219.

la consistencia de la relación amistosa mantenida por los dos escritores y la pervivencia de su recuerdo pudieron ser razones que justificasen este brindis literario *post mortem*, calificado por Jorge Guillén como un «documento capital»²⁹. También pudiera pensarse en que Manuel José Quintana, en 1813, quiso hacer pública sin ninguna duda su adhesión estética a la escuela renovadora de los llamados *quintanistas* y en la que el nombre de Cienfuegos era muy representativo aún en las fechas en las que aparece esa edición de Quintana³⁰.

Quintana mantiene vivo el nombre de su amigo Cienfuegos, que, sin lugar a dudas, seguía *vivo*, había dejado huella. El autor de las *Poesías patrióticas* no fue el único, pues Leandro Fernández de Moratín, que había cobrado un virulento protagonismo con la escritura de la epístola *A Andrés*, en el lado opuesto, siguió arremetiendo en diversas cartas contra el autor de *Idomeneo* después de muerto. En una a Dionisio Solís de 2 de diciembre de 1815 lo llama «poeta energúmeno». En otras dirigidas a Juan Antonio Melón —5 de diciembre de 1817 y 24 de agosto de 1820—, se mofa de los neologismos de la poesía cienfuegosiana y llega a eternizar al enemigo en el presente histórico de «como dice tu amigo Cienfuegos». Hasta en una carta escrita siete meses antes de su muerte, dirigida desde París a Vicente Salvá un 14 de noviembre de 1827, vuelve a airear el nombre de Cienfuegos y recordar su peculiar designación de la nada o el morir con la expresión *no ser*, que pertenece al verso 64 de su poema *La escuela del sepulcro*³¹.

LA MUERTE COMO EXPERIENCIA FORZOSA EN LA POESÍA DE CIENFUEGOS

El último aspecto que la relectura de la poesía de Nicasio Álvarez de Cienfuegos suscita es una obsesión literaria, una reiterada presencia que caracteriza, a mi modo de ver, la actitud vital del autor y que es rastreadable en una buena porción de su obra en su corta trayectoria. En el caso de este escritor, el tópico literario pasa a convertirse en pulsión personal que singulariza su escritura. Es un elemento tan notorio en la poesía de nuestro autor que ha sido siempre aludido por la crítica y,

29. GUILLÉN, Jorge. *Op. cit.*, p. 158, en donde se reproduce la dedicatoria íntegra.

30. Con el *Arte de hablar en prosa y verso* (1827) de Gómez Hermosilla, CHECA BELTRÁN. *Art. cit.*, p. 160, recuerda que la oposición entre las escuelas quintanista y moratinista seguía operativa a finales de los años 20 (p. 160). En cualquier caso, no sobra recordar que los textos teóricos principales —los *Principios* de Batteux y las *Lecciones* de Blair— que dividieron en dos bandos el panorama poético de entresiglos fueron estrictamente coetáneos a la publicación y escritura del grueso de la obra poética de Nicasio Álvarez de Cienfuegos. Véase CHECA BELTRÁN, José. *Razones del buen gusto (Poética española del neoclasicismo)*. Madrid: CSIC, 1998.

31. Ver FERNÁNDEZ DE MORATÍN, Leandro. *Epistolario*. Edición, introducción y notas de René Andioc. Madrid: Editorial Castalia, 1973, pp. 320, 386, 411 y 693.

a veces, con un amplio desarrollo, como es el caso del trabajo citado de Ángel G. Loureiro. Por esta razón, de indiscutible peso, y también por una causa lógica de espacio consumido, no quiero más que apuntar el esbozo de una lectura en torno a esta idea de la muerte en el poeta.

Una idea omnipresente en la poesía de Cienfuegos más allá de los lugares comunes —es decir, de los poemas más conocidos— señalados por la crítica. Por ejemplo, Juan Ayuso Rivera, que para los antecedentes de su monografía sobre el concepto de la muerte en la poesía romántica española tuvo en cuenta varios poemas de Nicasio, que fue, a mucha distancia de otros nombres como Cadalso o Meléndez Valdés, el autor más citado en esas páginas³². Lo trató como «uno de los más declarados prerrománticos» por su sentido de lo melancólico, por ejemplificar como nadie el sentimiento elegíaco en algunas de sus más famosas composiciones, por la presencia de los motivos de las tumbas y la noche, el tratamiento del paisaje, etc. José Luis Cano destacó el tema sepulcral como motivo romántico en la poesía de Cienfuegos, como uno de los preferidos del autor, y que lo adscribían al mal llamado «prerromanticismo» español. Al tema de las tumbas, en palabras de Cano, consagra Nicasio tres de sus poemas: *El túmulo*, *La escuela del sepulcro* y *A un amigo en la muerte de un hermano*. Por su parte, Amédée Mas, que a la busca de caracteres prerrománticos, repasó muchos aspectos de la poesía cienfuegosiana, destacó, dentro de la herencia de Young, el tratamiento lúgubre de la luna, la noche y las tumbas, para las que ejemplifica con *La escuela del sepulcro*³³. Más recientemente, John H. R. Polt, al tratar la poesía de Cienfuegos, ha distinguido un epígrafe para «Los temas sepulcrales y sociales» en el que habla de los textos de mayor aliento de nuestro autor³⁴, los que también tuvo en cuenta Jorge Guillén en las consideraciones que han llegado hace poco hasta nosotros de la mano de Guillermo Carnero:

Cienfuegos —escribe Guillén— es el romántico absoluto por temperamento. La fatalidad personal y la fatalidad de la época se juntan en la obra más significativa de aquel vasto y difuso pre-romanticismo. Ingenuo, vehementísimo, abandonado a su inextinguible efusión cordial, declamador, gesticulador, enorme, desmesurado, y desmesurado siempre por íntima crisis [...] Sus desventuras amorosas, acaso sus reveses de hombre demasiado cándido, le impulsan al soliloquio triste y ardiente, a las lágrimas, a la complacencia en su dolor, a sentirse engrandecido por la melancolía³⁵.

32. AYUSO RIVERA, Juan. *Op. cit.*, pp. 11-59.

33. MAS, Amédée. *Art. cit.*, pp. 130-132.

34. POLT, John H. R. «Nicasio Álvarez de Cienfuegos». GARCÍA DE LA CONCHA, VÍCTOR (dir.). *Historia de la literatura española*, vol. 7. CARNERO, Guillermo (coord.). *Siglo XVIII (II)*. Madrid: Espasa-Calpe, 1995, pp. 762-771.

35. GUILLÉN, Jorge. *Op. cit.*, p. 283.

Pero un recuento que se quiera exhaustivo de ejemplos que certifiquen esa presencia de lo mortuorio en los textos poéticos no dramáticos de este escritor constatará cómo el terreno es más extenso, fuera de los límites del poema más notable que cerró la edición definitiva de su obra lírica en 1816. Más allá de otras composiciones incluidas por primera vez en esa edición, como *En la ausencia de Cloe*, en donde leemos: «¡Puedan los rayos de tu nuevo oriente / en el féretro hallar mis yertos ojos / cerrados a tu luz» (145), y en el que la intensificación dramática se sustenta en la reiteración de términos como *sepulcro*, *tumba* o *ataúd*; o poemas como *La rosa del desierto*, o *La pastorcilla enamorada*, en el que el *yo* femenino asume el fastidio vital del que insiste: «Dolor es cuanto siento,/ cuanto miro es dolor, y triste vaga / de dolor en dolor mi pensamiento.» (158); para cerrar rotundamente el texto retomando el deseo del principio: «yo quiero morir» (160). Mucho más allá, hasta en los poemas supuestamente más tempranos de Cienfuegos o de reconocible adscripción genérica, como es la anacreóntica, en la que, como ha estudiado Mariano Valverde Sánchez, los motivos típicos se ven tintados con tonalidades tristes y pesimistas³⁶. Porque, en definitiva,

La obsesión con la muerte —y con sus implicaciones radicales para el pensamiento de Cienfuegos— nos indica que no nos hallamos ante un tema cualquiera, producto más o menos de una moda que se impondría por azar en la literatura del siglo XVIII y, en particular, en su segunda mitad³⁷.

La precisión de Loureiro es muy oportuna en el trabajo que mejor y más extensamente ha abordado el tema de la muerte en la poesía de Nicasio, y pone la atención en algo que —insisto— no se agota en su brillante análisis. Un análisis que, además, a la luz de esta obsesión, propone una nueva lectura de textos tradicionalmente tratados en una misma línea, como *En alabanza de un carpintero llamado Alfonso*.

Más allá, decía arriba. Y tanto. Hasta en los textos menos visibles de la más estricta intimidad podemos encontrar ejemplos sobresalientes. Así, en la carta que escribe a su amigo Coetanfao un 24 de mayo de 1791:

Ya no voy a pasearme a Aranjuez, ni probablemente saldré jamás de mi estuche amarillo, hasta que me saquen de él para meterme para siempre en las entrañas de la madre tierra, que es el estuche final del hombre, término de las melancolías

36. VALVERDE SÁNCHEZ, Mariano. «Cienfuegos y la tradición anacreóntica». *Estudios Clásicos*, 2001, 119, pp. 63-88.

37. LOUREIRO, Ángel G. Art. cit., p. 450.

y males, y principio de otra vida llena de delicias muy superiores a las que puede fingir la imaginación más viva y ardiente³⁸.

El Coetanfao al que dedica su *Idomeneo* con palabras que vuelven a ponernos delante esta obsesiva pero racionalizada actitud ante la experiencia forzada de la muerte:

[...] ¿Qué fueron aquellos tiempos en que mis libros y Coetanfao eran mi universo entero? ¡Ah! ¡qué poco esperaba yo entonces el golpe terrible que después cayó sobre mí, cuando el bárbaro destino te arrancó cruelmente, y acaso para siempre, de mis cariñosos brazos! Días de lágrimas, de amarguras, de agonías mortales, siempre seréis de los más negros, de los más aciagos, de los más execrables de mi vida. ¡Si a lo menos hubiera yo podido ir a tu lado, acompañar tus soledades, y partir las congojosas aflicciones que te aguardaban! Tu suerte te habría parecido menos enemiga, y yo me hubiera creído el más dichoso de los hombres. Pero estaba decretado que solo, y sin compasión en el mundo, habías de apurar el cáliz del dolor hasta las heces más amargas, porque tal fue siempre el destino de la virtud en la tierra. ¡Oh Coetanfao mío! ¡compañero mío! ¡ídolo de mi amistad! no estabas solo, no: los hombres podrán separar los cuerpos; pero las almas, inaprisionables, como los rayos de sol, vuelan libremente donde su deseo las llama. La mía partió contigo, veló en tus desvelos, acompañó tus llantos, se afligió en tus aflicciones, aprendió en tus virtudes, y estuvo, está y estará perpetuamente donde tú estuvieres; y mientras me quede un solo soplo de vida, vivirá en mi alma Coetanfao todo entero. Mi vanidad, mi honor, mi gloria es ir siempre contigo, y acompañarte hasta en los horrores del sepulcro, para que una misma losa cubra nuestras cenizas inseparables [...]»³⁹.

El lector puede entrar y salir de la poesía de Cienfuegos y seguir hallando elementos confirmativos de lo que la crítica ha venido señalando a propósito de la hipersensibilidad con que el autor afronta esa idea del final de todos los finales. La breve vida recorrida —«Breve, muy breve, un momento es la aparición del hombre en la tierra» y «el cortísimo espacio que separa su cuna de su féretro», escribe en el *Elogio del Marqués de Santa Cruz*—⁴⁰ tiene su correlato en una obra relativamente corta que representa a su autor, que testimonia y perpetúa su pensamiento sobre la vida, sobre temas de tanta importancia como la amistad, sobre la muerte presentida. Una obra de gran interés, de evidente intención innovadora, y que sigue incitando lecturas menos *periféricas* que la que se ha pretendido dar en estas páginas.

38. ÁLVAREZ DE MIRANDA, Pedro. Art. cit., p. 203.

39. ÁLVAREZ DE CIENFUEGOS, Nicasio. *Obras poéticas*, 1816, vol. 1, pp. 238-239.

40. ÁLVAREZ DE CIENFUEGOS, Nicasio. *Elogio del Excmo. Sr. Marqués de Santa Cruz, director de la Real Academia Española*. Madrid: Ibarra, 1802, p. 1.